

que hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombran *Las Constituciones del gran gobernador Sancho Panza*.

Jesú»; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús, sino quitábale la s, y movía á más devoción. Al fin, yo mudé de frascas y cogía maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón (uno de los mayores bellacos que Dios crió); estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano y manca, y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente, y decía: «¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!» Si pasaba mu- jer decía: «Señora hermosa, sea Dios en su ánima»; y las más, porque las llama- baba así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico, «¡ah, señor capitán!» (decía); y si otro hombre cualquiera, «¡ah, señor caballero!» Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría; y si clérigo en mula, señor arcediano; en fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los santos; y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos días es- tuvimos ricos; y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba.» (*Historia de la vida del Buscón*, lib. II, cap. 8.)

Esto de la *llaga falsa*, común á todos los pueblos, tiene en nuestra literatura testimonios abundantísimos. Baste, á nuestro propósito, citar uno de escritor anterior al año en que se publicó esta segunda parte:

«Aunque el fingir de llagas hacíamos de muchas maneras, las que tenía entonces era con cierta yerba que las hacía de tan mal parecer, que á quien las viera parecieran incurables y necesitadas de gran remedio, teniéndolas por cosa cancerada; pero si sólo tres días dejara la continuación de aqueste embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfección y sanidad que antes tenían.» (MATEO ALEMÁN. *Guzmán de Alfarache*, I, 3, VI.)



CAPÍTULO LII

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó angustia- da, llamada por otro nombre "D.^a Rodríguez"

CUENTA Cide Hamete que, estando ya D. Quijote^a sano de sus 5 arañes, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba; y, así^b, determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban^c cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales

a. ...estando Don Quijote ya sano. BR. 3, Ton. — b. ...así lo dijo y que determina-

ba de pedir. ARG. 3. — c. ...fiestas estaban cerca. V. 3, BAR. — ...estaban. A. 1.

«Comunican particular gracia á esta aventura los visos que tiene de caballerescas, siendo así que no era efecto más que de la sandez de D.^a Rodríguez, cuyo carácter aquí, y en todas las demás ocasiones en que se la nombra, está muy bien entendido y desenvuelto. La oposición entre el de Altisidora viva, burlona y maligna, y el de D.^a Rodríguez, sandía y crédula, con puntas de vana y chismosa, produce, además, aquel claro-oscuro que da vida y movimiento á las producciones del ingenio. Así que la presente aventura se ensalza grandemente con la fábula.» (CLEMENCÍN. *Don Quijote*. — Notas, t. VI, pág. 65.)

Línea 2. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó angustia- da. — Como se lean en el epígrafe del cap. 36 (t. V, pág. 199) estas palabras: «Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida», no ha de maravillar que ahora diga el novelista, para evitar confusiones y prevenir censuras, «la segunda Dueña Dolorida, ó angustia- da».

6. ...determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca. — Uno de los objetivos principales que se había propuesto Cervantes era el de que D. Quijote entrase en Zaragoza. Así lo co-

fiestas se conquista. Y estando un día á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, veis^a aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza; y la una dellas, llegándose á D. Quijote, se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de D. Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, ^b tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión á todos los que la oían y miraban. Y, aunque los Duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querían^c hacer á D. Quijote, todavía, viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que D. Quijote, compasivo, la levantó del suelo, y ^d hizo que se des-

a. ...licencia, veays aquí. BR.₂. —
b. ...tristes y tan. A.₂, CL. = c. ...eria-

dos querrian hacer. A.₂, CL. = d. ...sue-
lo, é hizo. GASP., MAT., FK.

robora este pasaje que se comenta y aquel otro del cap. 52 de la primera parte (t. III, pág. 372, línea 21), que dice:

«sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que D. Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron.»

Objetivo que no abandonó el autor hasta que llegó á sus manos el *falso* «*Quijote*», compuesto por el licenciado Alonso Fernández Avellaneda, cuya obra empieza así:

«El sabio Alisolan, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragon, de cuya nacion él decendia, entre ciertos anales de historias, halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamasilla el invicto hidalgo D. Quijote de la Mancha, para ir á unas justas que se hacian en la insigne ciudad de Zaragoza.»

Tal fué la razón que movió al autor para variar su primitivo plan. Así lo declara también en el cap. 59 de esta segunda parte, donde se lee:

«— Por el mismo caso... no pondré los pies en Zaragoza; y, así, sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno.»

Y, para robustecer más esto, agrega el mismo D. Quijote, en el cap. 72:

«...pero sé decir que no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor D. Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese D. Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y, así, me pasé de claro á Barcelona.»

8. Y, aunque los Duques... los tuvo dudosos y suspensos. — La descontentadiza crítica, que no perdona error alguno, por mínimo que fuere, ha creído descubrir en el presente pasaje asomos de obscuridad que, á nuestro juicio, no hay. En ésta, igualmente que en otras obras, verdaderas joyas de la literatura, ocurren casos como el de que ahora tratamos, en los que lo defectuoso de la puntuación da origen á torcidas interpretaciones.

Véase lo injustificado de la nota de Clemencin, t. VI, pág. 66.

cubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo^a que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de D.^a Rodríguez, la dueña de casa; y la ^b otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocían, y más los Duques que ninguno; que, pues- to que la tenían por boba y de buena pasta, no por tanto que vi- niese á hacer locuras.

Finalmente, D.^a Rodríguez, volviéndose á los señores, les dijo: «— Vuestas excelencias sean servidos de darme licencia que yo de- parta un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano.»

El Duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor D. Quijote cuanto le viniese en deseo.

Ella, enderezando la voz y el rostro á D. Quijote, dijo: «— Días há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha^c á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aquí está presente, y vos me habedes^d prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen^e fecho; y agora ha llegado á mi noticia que os quere- des^f partir deste castillo en busca de las buenas venturas^g que Dios os depare^h. Y, así, querría que antes que os escurriésedes por esos caminos desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes

a. ...fer la que. TON. = b. ...y lo otra.
FK. = c. ...tiene fecho á mi. TON. =
d. ...me avèys prometido. TON. = e. ...le

tiene fecho. GASP. = f. ...os quereys par-
tir. BR.₂, TON. = g. ...aventuras. TON.,
ARG.₁, BENJ. = h. ...deparare. BR.₂.

9. «— Vuestas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero. — Poseído de su papel, aquí, como en aquellos otros pasajes en que intervienen la discreta Dorotea y la condesa Trifaldi, así como en los soliloquios que pone en boca de D. Quijote, remeda el autor el estilo de los libros caballerescos.

20. ...y agora ha llegado á mi noticia. — Hase dicho, al comentar este pasaje (y creemos que con leve fundamento), lo siguiente: «¿Por dónde pudo llegar esta noticia á D.^a Rodríguez si en aquel mismo acto estaba D. Quijote comenzando á poner en obra su intención de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, como se ha dicho al principio del capítulo?»

Á lo que objetamos: ¿no pudo salir alguno de la servidumbre de los Duques y decir: «— ¿Saben vuestas mercedes que D. Quijote se va á las justas de Zaragoza?» Por ventura, ¿no pudo D.^a Rodríguez tomar en el acto la resolución de acudir á la demanda para que el mal intencionado villano cumpliera la palabra prometida?

que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque, mi señor, me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasión que ya á vuesa merced en puridad
5 tengo declarada^a. Y, con esto, nuestro Señor dé á vuesa merced mucha salud y á nosotras no nos desampare.»

Á cuyas razones respondió D. Quijote, con mucha gravedad y prosopopeya: «— Buena dueña: templad vuestras lágrimas, ó, por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo
10 tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las^b cuales, por la mayor parte, son ligeras de^c prometer y muy pesadas de cumplir. Y, así, con licencia del Duque, mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiare, y le mataré cada y cuando que se excusare de
15 cumplir la prometida palabra; que el principal asunto de mi profesión es perdonar á los humildes y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables y destruir á los rigurosos^d.

a. ...declarado. TON. = b. ...enamorados, los cuales. TON. = c. ...son ligeros en

prometer. TON. = d. ...á los opresores. ARG. — ...á los rigurosos. GASP.

4. ...en puridad. — De esta significación arcaica que nos ofrece el modo adverbial en puridad, da testimonio el pasaje del *Romancero*, n.º 757, que citamos á continuación:

«Non permitais se malogren — prendas del mejor vasallo
Que tiene cruces bermejas — ni á Rey ha besado mano;
Respondedme en puridad — con letras de vuesa mano,
Aunque al vueso mandadero — le pague yo su aguineldo.»

18. ...acorrer á los miserables. — Cuervo, en su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (t. I, pág. 148), escribe: «Acudir en auxilio. (Hoy es de poco uso y podría tildarse de arcaico; Cervantes mismo acaso no lo usaba sino remedando el lenguaje añejo de los libros caballerescos):

«— Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece.» (*Quij.*, I, 3.)

«si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto.» (*Quij.*, I, 25.)

«...se retiró á la Peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad.» (*Quij.*, I, 26.)

«...se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole... que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo.» (*Quij.*, I, 44.)»

Despréndese, singularmente de esta última cita, como sospecha Cuervo, que el verbo *acorrer* es no menos caballeresco que arcaico.

— No es menester, — respondió el Duque, — que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña^a se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida á mí licencia para desafiarme; que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete^b
5 y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia

a. ...buena Señora se. TON. = b. ...le acete. MAL., FK.

6. ...á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse. — Desafiado Carlos de Anjou por el rey de Aragón, Pedro III, y designado por árbitro Eduardo, rey de Inglaterra, concertóse, en 30 de Diciembre de 1282, que el duelo se verificase en Burdeos.

He aquí como D. Modesto Lafuente reseña dicho desafío:

«D. Pedro de Aragón, que por cierto no era hombre que pecara ni de cobarde ni de incauto, noticioso de la sospechosa actitud de los franceses, y no queriendo, por una parte, faltar á la liza y dar con ello ocasión á que se le murmurara de hombre sin corazón y sin palabra, mas tomando por otra las debidas precauciones para no ser víctima de asechanzas desleales, ordenó á sus campeones que concurriesen diseminados á Burdeos para el día señalado, y él con tres caballeros de su confianza se encaminó de Valencia á Tarragona, donde tuvo una rápida entrevista con el infante D. Sancho de Castilla, que andaba entonces levantado y en guerra contra su padre. Desde allí envió secretamente á Gilabert de Cruylles á preguntar al senescal de Eduardo de Inglaterra en Burdeos si le aseguraba el campo, y él prosiguió su camino de la manera siguiente: Concertóse bajo juramento de fidelidad y de reserva con un aragonés llamado Domingo de la Higuera, traficante en caballos y conoedor de todos los caminos y veredas de uno y otro lado del Pirineo, en que el rey y sus tres caballeros irían disfrazados y pobremente vestidos como si fuesen los criados y sirvientes del rico mercader. Llevaba el rey una vieja capa azul, una maleta común á la grupa de su caballo, en la mano un venablo de caza, cota de malla debajo del vestido y un yelmo bajo el capuchón que le cubría la cabeza. En los alojamientos ó posadas, Domingo de la Higuera, que se distinguía por la decencia de su traje, comía aparte, servido por sus criados, y principalmente por el rey. De esta manera, salvando todos los peligros, llegaron el 31 de Mayo á las puertas de Burdeos. Inmediatamente envió á Berenguer de Peratallada á la ciudad para que viese á Gilabert de Cruylles, y le encargase decir al senescal del rey de Inglaterra que un amigo suyo deseaba hablarle y le esperaba fuera de la ciudad. Acudió el senescal Juan de Greilly; acercándose á él D. Pedro le dijo: «— El rey de Aragón me envía secretamente á preguntaros si el rey de Inglaterra y vos en su nombre le aseguraréis el campo y podrá venir sin peligro.» «— Decid á vuestro rey, — le contestó el senescal, — que de ninguna manera; que, habiendo el rey Eduardo rehusado ser juez del campo y protestado contra el duelo, ni él ni yo somos parte en este negocio, y mucho menos apoderadas como se hallan de Burdeos y su comarca las tropas francesas.» «— Pues al menos, — replicó el supuesto enviado, — ruégoos me hagáis la merced de enseñarme el palenque.» Hizolo así el

á cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos.

— Pues con ese seguro y con ^a buena licencia de vuestra grandeza, — replicó D. Quijote, — desde aquí digo que por esta vez renuncio ^b mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza ^c del da-

a. ...con la buena. TON. = b. ...renuncio á mi. TON. = c. ...llaneza. BR. 5.

senescal, y tan luego como llegaron al sitio, echando D. Pedro su capuchón á la espalda: « — Yo soy el mismo rey de Aragón, — le dijo; — conocedme. » Asombrado Greilly le aconsejó que huyera, mas el aragonés no quiso hacerlo sin recorrer antes el palenque. » (*Historia general de España*, t. I, pág. 444. — Barcelona, 1877.)

5. ...por esta vez renuncio mi hidalguía. — « En el *Doctrinal de Caballeros*, escrito por D. Alonso de Cartagena, obispo de Burgos (1), se incluyeron las leyes de partida, y aun otras que se suponen más antiguas, sobre los retos, y en ellas se establece que el retado puede *dar par* en linage al retador; pero no al contrario el retador al retado (2). Por consiguiente, D. Quijote no estaba en el caso de renunciar á su derecho, pues no lo tenía como retador. Verdad es que las leyes que hablan de los retos suponen siempre que son éstos de hijodalgo á hijodalgo, entre los cuales puede haber mucha diferencia, tanto en linage como en señorío. » (CLEMENCÍN. *Don Quijote*. — Notas, t. VI, pág. 70. Madrid, 1839.)

Á ello contesta Urdaneta del siguiente modo:

« Aquí si se las disputa Clemencín á D. Quijote en esto de saber las cosas y costumbres de la caballería. El manchego, que se preciaba de buen conocedor de las leyes de su profesion, no imaginó que alguien lo iba á *coger* en error en este punto. ¡Qué pifia se dió el tal caballero! Él no sabia lo que traen las leyes de Partidas inclusas en el *Doctrinal de Caballeros* ni otras más antiguas, por las cuales se establece que el retado puede *dar par al retador, pero no al revés*; y que de consiguiente él (D. Quijote) pecaba de ignorancia en decir lo que dijo en las palabras citadas. Él renunciaba su hidalguía, siendo el retador, ¡qué disparate! Mas ¿cómo debía hacerse esto? No sé; pero Clemencín olvida que D. Quijote profesaba la *ley de los caballeros andantes*, por la cual no es dado á ninguno de ellos batirse ni tomar espada *contra quien no lo fuera*; y que el manchego, habiendo *recibido* un agravio, como el que se había hecho á una doncella, estaba en la disyuntiva forzosa (pues no podía dejar de desfacer aquel tuerto) de que el contrario se elevara á *caballero* ó de bajarse él al nivel del contrario, para no contravenir á sus leyes. No podía efectuarse lo primero, por la ausencia del contendor... Debió, pues, suceder lo que sucedió, sin que en nada pueda tildarse á D. Quijote de trastornar las *ordenanzas andantescas*, como lo juzga el crítico.

D. Favila estaba en igual caso que D. Quijote: era *caballero* y debía combatirse con un *plebeyo*, en pro de una dama acusada y calumniada por éste; y como estaba presente el acusador, en vez de *él renunciar á su hidalguía*, dis-

(1) « L. 3, t. 3. »

(2) « Partida 7, tít. 4, l. 3. »

ñador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y, así, aunque ausente, le desafío y repto ^a en razón de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. » 5

Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en ^b mitad de la sala; y el Duque le alzó, diciendo que, como ya había dicho, él aceptaba ^c el tal desafío ^d en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis días, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las ^e acostumbradas de los caballeros: lanza y escudo y arnés 10 tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, superchería ó superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo. « — Pero, ante todas cosas, es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor D. Quijote; que de otra manera no se hará nada, ni llegará á 15 debida ejecución el tal desafío.

— Yo sí pongo, — respondió la dueña.

— Y ^f yo también », añadió la hija, toda llorosa y ^g toda vergonzosa y de mal talante.

Tomado, pues, este apuntamiento, y habiendo imaginado el 20 Duque lo que había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron,

a. ...reto. V. 3, BAR., GASP., MAI. = b. ...en la mitad. MAI. = c. ...aceptaba. MAI., FK. = d. ...tal desafío en. V. 3.

= e. ...armas acostumbradas. BR. 5, TON. = f. ...dueña è yo. BR. 4, TON. = g. ...llorosa, toda. BR. 5, TON.

pensó á su adversario su condicion. En *La princesa doña Luz*, de Zorrilla, dice un caballero en igual caso:

« Yo, para lidiar conmigo,
Os dispenso lo que os falte. »

10. ...y arnés tranzado, con todas las demás piezas. — Dábase el nombre de *arnés tranzado* á una armadura de acero compuesta de diversas piezas con sus junturas para que el hombre armado con ella pudiera hacer fácilmente todos los movimientos del cuerpo.

En el romance que trata del desafío de Oliveros con Montesinos, se lee:

« En llegando á su posada — fué muy prestamente armado;
Pone el yelmo en su cabeza, — vístese un *arnés tranzado*.
Manda sacar una lanza — que él tenía en apartado,
Esta lanza era muy fuerte — y el hierro bien acerado. »

(DURÁN. *Rom.*, I, 370.)

Y Fr. Luis de Granada escribió:

« Y si algun ejemplo hay con que podamos entender algo del artificio de esta obra, es el que ya pusimos de la fábrica de un *arnés tranzado*, el cual acomodándose á los miembros del cuerpo. » (*Del Símbolo de la Fé*, I, cap. 24.)